



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Se conoce como canto del Siervo o cantos del Siervo, a un conjunto de textos, tomados de la profecía de Isaías, que hablan de un «*siervo*» que padece una serie de sufrimientos con valor redentor.

En este domingo se proclama, en la lectura primera, unos versículos correspondientes al tercero de estas coplas (50, 4-11). La escucha orante de la Palabra de Dios por parte de la Iglesia, los ha identificado con Jesús. Llamado por Dios desde el seno de su madre, se *“le ha abierto el oído”* para que pueda llevar adelante una tarea hermosa y no siempre fácil: *“pronunciar palabras de aliento a corazones abatidos”* desgarrados por el llanto.

La facultad humana de sentir el lamento de los otros dentro de uno mismo es la empatía, que es el prólogo de la compasión, la que llevó a Jesús a morir en la cruz y cuya primicia fue su encarnación.

Pero...¿Cuáles son sus características?:

- a) **Intuir** lo que otros sienten y viven.
- b) **Escuchar** sin limitarse a un mero oír.
- c) **Respetar** a los otros, aunque no se compartan sus opciones.
- d) **Evitar** posturas extremas, porque en medio del blanco y negro, hay una bonita gama de grises.
- e) **Hablar** con prudencia. Es decir: expresarse con tacto. San Gregorio Magno escribirá: *“guardar silencio con discreción y hablar cuando es útil”*.
- f) **Atender** gestos, miradas, inflexiones y tonos de la voz. Es el lenguaje no verbal.
- g) **Creer** en la bondad de las personas.
- h) **Dejar** a un lado los propios intereses.

i) **Tratar** a cada persona de acuerdo a sus circunstancias.

Es la enseñanza del evangelio que evita la **“indiferencia”** al dolor ajeno, y en la certeza de que el sufrimiento es una escuela de paciencia. La primera acepción del término *“paciencia”*, tal como se utiliza en el lenguaje común, se refiere a la aceptación de límites.



La paz contiene **“pathos/πάθος”**, es decir: esa manera de vivir que depende, no de lo que hacemos sino de lo que sufrimos.

La virtud de la **“paciencia”**, que constituye el ideal cristiano en situaciones de sufrimiento, adquiere así una connotación pascual. Es virtud del Viernes Santo sólo en la medida en que se abre al Domingo de Resurrección.

La virtud de la **“paciencia”**=**“constancia”** caracteriza al hombre que, en una situación de abatimiento, se mantiene firme gracias a la confianza con la que espera la ayuda de Dios. No es, por tanto, una puerta abierta a la resignación. Se puede y se debe resistir el mal. Es una lucha en la esperanza, es decir: se ha entregado a Dios y ha aceptado que él diga la última palabra. San Pablo vincula constancia y esperanza (cf. Rom 5:3-5; 8,24-25; 1 Cor 13:7; 2 Cor 1, 6-7, etc.).

La pedagogía del sufrimiento, en este último sentido, no es otra cosa que la dimensión ética del anuncio de la fe y su expresión es el llanto; una dimensión típicamente humana que se encuentran, por tanto, muy presente en la Biblia: tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Son lágrimas de arrepentimiento, de súplica, de consuelo, de angustia, pero también de condena; como cuando Jesús alude al destino reservado a los condenados, que irán allí donde habrá *«llanto y crujir de dientes»* (Mt 13,42).

En el llanto siempre hay una oportunidad: dejar que el Señor recoja nuestras lágrimas, para poder recoger las del prójimo. De este modo, estaremos dando **un salto hacia el gozo** y, por tanto, **hacia nuestra identificación con Cristo** que es la senda que, en este día se nos muestra. Pero conviene darse cuenta de que se dan varios tipos de lágrimas:

a) **Hay un grito que nos lleva a encerrarnos en nosotros mismos**, con nuestros problemas. Es un grito que lleva a la autodestrucción, porque no se abre a esa palabra de aliento que nos hace vivir.

b) En cambio, **hay un grito que marca nuestra apertura a los otros**. El **llanto** es el abrir de nuestro interior a quien viene a compartir nuestra suerte, a consolarnos. Las lágrimas marcan como un doble camino: **quien se deja consolar** sabe, a su vez, **llorar por y con los demás**; fue lo que hizo Jesús. De esta misión, por boca de Simón Pedro, trata de alejarlo el Maligno tal como se recoge en el evangelio de hoy; es, en definitiva, un decirle **“no te compliques la vida”**.

El Papa Francisco nos dice que **“el mundo no quiere llorar: prefiere ignorar las situaciones dolorosas, taparlas, esconderlas”**. Sólo quien llora **“puede llegar a la profundidad de la vida y ser verdaderamente feliz”** porque saboreará **el consuelo de Cristo que es el Espíritu Santo** y, como se canta en la secuencia de Pentecostés, **“es la fuente del mayor consuelo”**; y el fruto precioso de su hacer siempre es la paz.





Un salmo para rumiar

Sal 114, 1-2. 3-4. 5-6. 8-9



Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco.

Me envolvían redes de muerte,
me alcanzaron los lazos del abismo,
caí en tristeza y angustia.

Invoqué el nombre del Señor:

«Señor, salva mi vida.»

El Señor es benigno y justo,

nuestro Dios es compasivo;

el Señor guarda a los sencillos:

estando yo sin fuerzas, me salvó

Arrancó mi alma de la muerte,

mis ojos de las lágrimas,

mis pies de la caída.

Caminaré en presencia del Señor

en el país de los vivos.

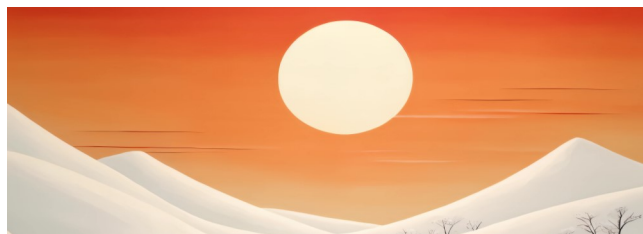
No sabemos escuchar a Dios, pero él nos escucha" afirma Orígenes comentando este salmo que, en este domingo, la liturgia nos regala como respuesta a la lectura primera. Saboreado en el interior, se convierte en fuente de esperanza que hace brotar un torrente de agradecimiento.

¿Cómo no sentirse gratificado por tanta generosidad? Cicerón afirmará: *"La gratitud no solo es la más grande de las virtudes, sino que engendra todas*

las demás".

El agradecimiento es ese *"sol que nace de lo alto"*, que lleva a elegir ver lo mejor de los otros y guardarlo en la memoria.

El orante del salmo es un hombre piadoso que, oprimido por *"la tristeza y la angustia"*, elevó una súplica a Dios: *"por favor, librame, Señor"* y es que, así lo afirmará el Santo Cura de Ars, *"en la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol"*.



El Señor, invocado con fe, ha tendido la mano, ha roto los lazos que le envolvían, ha enjugado las lágrimas de sus ojos con palabras de consuelo, ha detenido su caída hacia el abismo (cf. v. 8).

Entre los admiradores de este salmo debemos se encuentra Voltaire, quien rumiando el versículo 12 se dice: *"¿Qué puedo ofrecer al Señor por el trato que me ha dado?"*

Los rabinos ponen el versículo: *"alma mía recobra tu calma porque el Señor fue bueno contigo"*, en boca de Moisés en el momento de morir. Dolorido por dentro porque no quiere verse en manos del ángel de la muerte, sino ir tras las huellas del Señor hacia el país de la vida, se dice: *"vuelve, alma mía a tu descanso"*.

Para un cristiano volver al descanso es regresar a la paz de la Pascua que Jesús nos dejó en herencia.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XXIV "PER ANNUM" "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Isaías 50, 5-9a

El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Mi defensor está cerca, ¿quién pleiteará contra mí? Comparezcamos juntos, ¿quién me acusará? Que se acerque. Mirad, el Señor Dios me ayuda, ¿quién me condenará?

Marcos 8, 27-35

Jesús...preguntó a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?». Pedro le dijo: «Tú eres el Mesías»... Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días»... Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Pero él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!». Y llamando a la gente y a sus discípulos les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará.